

VICENÇ FISAS

MATAR DE HAMBRE
EL HAMBRE COMO CASTIGO
O DESIDIA POLÍTICA

Icaria ❁ Antrazyt
ANÁLISIS CONTEMPORÁNEO

Este libro ha sido impreso en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorine Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

© Vicenç Fisas

© De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Bailèn, 5 - 5 planta
08010 Barcelona
www.icariaeditorial.com

Fotografía de la cubierta: Zwawol, Getty Images

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-9888-948-2

Depósito legal: B 27856-2019

Fotocomposición: Maribel Crusat

Impreso por Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.

ÍNDICE

- Introducción 9
- Maneras de matar de hambre 21
 - I. Breve historia del abordaje sobre el tema del hambre 29
 - Los pioneros. Claridad frente a caridad 29
 - Historia de las hambrunas 41
 - II. Pasar hambre: la subalimentación, la desnutrición y la inseguridad alimentaria 55
 - La magnitud del drama: las cifras del hambre y la subalimentación en la actualidad 62
 - Pobreza y subalimentación 69
 - La relación entre el hambre, la sanidad y la educación 81
 - La economía del hambre y la subalimentación 88
 - La ONU y la alimentación 101
 - III. El cambio climático y el hambre 121
 - IV. Matar de hambre (1): las guerras y el hambre 129
 - Las guerras del siglo XXI 131
 - Conflictos, desplazamientos forzados y hambre 148
 - V. Análisis de casos 155
 - Libia 155
 - Nigeria (Noreste) 166
 - República Centroafricana (RCA) 181
 - República Democrática del Congo (RD Congo) 199
 - Somalia 223
 - Sudán 238
 - Sudán del Sur 265
 - Afganistán 283
 - Iraq 308
 - Palestina (Franja de Gaza) 329
 - Siria 341
 - Yemen 357
 - VI. Matar de hambre (2): crisis sociopolíticas y hambre. Las consecuencias de la incompetencia o la desidia política 375
 - VII. Análisis de casos 381
 - Angola 381
 - Burkina Faso 383

Burundi	385
Camerún	391
Comoras (Unión de Comoras)	394
Congo	395
Côte d'Ivoire	400
Chad	402
Djibouti	406
Eritrea	410
Eswatini (Suazilandia)	414
Etiopía	418
Guinea	431
Guinea-Bissau	434
Guinea Ecuatorial	437
Kenya	440
Lesotho	445
Liberia	447
Madagascar	450
Malawi	454
Mozambique	458
Níger	466
Togo	474
Uganda	476
Zimbabue	486
Guatemala	492
Haití	498
Honduras	505
Venezuela	511
Camboya	523
Corea del Norte	530
Pakistán	538
Papúa Nueva Guinea	551
Otros casos de interés	556
Bangladesh	556
Botsuana	559
Lao	561
Mali	564
Mauritania	567
Namibia	573
Ruanda	577
Sierra Leone	579
Tanzania	583
Timor-Leste	587
Zambia	590

Apéndice: bases de datos	595
--------------------------	-----

*A Jowakimi Vallmajó, medio siglo después.
Comprender la aventura humana seguirá siendo nuestro destino.*

INTRODUCCIÓN

El hambre y la subalimentación crónica en muchos países, ¿es inevitable en el día de hoy? ¿Hay alguna justificación para que en el siglo XXI existan tantas emergencias alimentarias y algunos episodios de hambruna, en las que la gente muere por inanición? La respuesta es que no. Se puede evitar si se actúa de determinada manera, y resultará inevitable si se actúa de otra forma. Es una cuestión de opciones y prioridades, y, por tanto, una decisión política. Aunque nos alimentáramos solo de cereales, hay una producción suficiente en el mundo como para tener las calorías diarias que cada persona necesita. El problema no está en la cantidad de alimentos que hay en el mundo, más que suficientes, sino en quien los controla y quien vela para que sus ciudadanos vivan con decencia y sean autosuficientes a este nivel. Como se verá inmediatamente, el hambre no está en la agenda de prioridades políticas, por supuesto a escala internacional, pero lamentablemente tampoco a nivel nacional en varios países afectados. Y cuando se presta atención a este tema, seguramente de forma muy puntual y a causa de unas imágenes impactantes, solemos poner toda nuestra consideración sobre el frágil estado de las víctimas, cuando habría que poner el foco en las causas de su situación y en el poder de quienes se dedican a hambrear, a causar hambre, de la misma manera que habría que poner menos énfasis en la situación de la pobreza y más atención hacia quienes se enriquecen a su costa. La compasión es un estado propio y necesario de la naturaleza humana, pero es una perversión cuando es un momento fugaz, invita a la pasividad propia del lamento y no nos interpela a preguntarnos sobre el contexto del acontecimiento y, con ello, a actuar sobre las raíces de lo que nos ha producido aquella conmisericordia.

En la primera parte del capítulo sexto del Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento, aparecen cuatro jinetes, el tercero de los cuales, montado en el caballo negro, es una alegoría al hambre. Han pasado casi dos milenios de aquel texto, y la plaga del hambre, en particular las hambrunas severas, ha

acompañado a la Humanidad de tal forma que pareciera una plaga divina, una maldición inevitable. Sin embargo, como intentaré mostrar, particularmente en el último siglo, el hambre de ordinario ha ido de la mano de las guerras, las crisis políticas, la corrupción, la autocracia, la plutocracia, las desigualdades sociales, la marginación, la desidia o la incompetencia de muchos gobernantes, su perfidia y deslealtad traicionera hacia sus pueblos, o de la falta de previsión sobre fenómenos naturales adversos, entre otros factores que mencionaré.¹

Afortunadamente, las dimensiones del drama del hambre son mucho menores que hace un siglo o unas décadas, ya que hemos pasado de un 33% de la población mundial subalimentada en 1970, al 10,8% en 2018. Sin embargo, al finalizar el segundo decenio del siglo XXI, unos 820 millones de personas en el mundo todavía no tienen suficientes alimentos para llevar una vida saludable y activa. Eso es casi una de cada nueve personas en el planeta. Aunque la primera y escandalosa cifra se refiere mayormente a las personas insuficientemente alimentadas, lo que denominamos subalimentación crónica, las muertes por hambre y las hambrunas, que son, estas últimas, episodios puntuales e irregulares, son evidentemente mucho menores, pero suficientes para mostrar la infamia de que en nuestra época todavía no seamos capaces de garantizar el más básico de los derechos y de las necesidades básicas: no morir por causa de la falta de alimentos, la más indecible y lacerante de las vergüenzas humanas, en la medida que se podría evitar y desterrar. Y como se verá, no es por falta de recursos económicos, aunque siempre falten, sino por la indolencia política ante el sufrimiento de millones de personas, cuyas vidas han quedado truncadas o inconclusas por falta de atención o previsión, o lo que es peor, porque ha existido la voluntad expresa de matarlas de hambre y la desidia necesaria para permitir que mueran. Y ese exterminio de tantas vidas tiene culpables y responsables, con nombres y apellidos, que intentaré mostrar en lo posible. No puede olvidarse que el hambre, cuando es crónico y severo, hasta producir incluso la muerte, es un proceso lento, agónico, que produce lesiones cerebrales y en todo el cuerpo mientras se extingue la vida, al tiempo que el cuerpo se devora a sí mismo. No hay nada más cruel, pues es una tortura que, día a día, pretende ir cercenando la dignidad de las personas afectadas.

Tomando como muestra la situación del hambre y de la inseguridad alimentaria en el último decenio y analizando lo que ha sucedido en las

1. Dado que usaré profusamente esos términos vinculados con las formas de poder, me apresuro a aclarar que la autocracia es la concentración del poder en una sola persona, la plutocracia es la sociedad gobernada o controlada por una minoría formada por sus miembros más ricos, la desidia es la negligencia derivada de la falta de cuidado, el totalitarismo es cuando el Estado concentra todos los poderes en un partido único y controla coactivamente las relaciones sociales bajo una sola ideología oficial, el despotismo es la autoridad absoluta no limitada por las leyes, y el autoritarismo es el gobierno personal, excluyente y no democrático. Todos ellos conllevan generalmente represión para mantener a la gente sumisa.

tres últimas décadas, en este estudio intentaré responder a las siguientes preguntas, entre otras: ¿Qué factores causan y perpetúan el hambre en la actualidad? ¿Por qué hay países con el hambre cronificada? ¿La ayuda alimentaria crea una cultura de dependencia entre los pobres? ¿Qué responsabilidad tienen sus gobernantes en la situación? ¿Por qué y quiénes utilizan el hambre de forma deliberada como instrumento de castigo? ¿Hay alguna relación entre el hambre y la falta de democracia, la mala gobernanza, la corrupción, el autoritarismo, las dictaduras, el nepotismo y la desidia de algunos dirigentes políticos? ¿Se puede evitar el hambre? ¿Qué mecanismos y qué eficiencia tiene la comunidad internacional para erradicar el hambre o para mitigarla? ¿Es la mirada compasiva un lastre para abordar las reformas estructurales o los cambios políticos que necesitan los países más afectados? ¿Qué responsabilidad tienen gobiernos, corporaciones transnacionales, países aliados en el mantenimiento de esta situación? ¿Es un problema sistémico, estructural?

En el día de hoy existe una ingente bibliografía sobre los conflictos y las necesidades humanitarias que incluye el tema de la alimentación, pero menos sobre las responsabilidades políticas en el mantenimiento de esta situación de manera crónica. Desde hace unas décadas se ha impuesto el término de «seguridad o inseguridad alimentaria», que ha ayudado a tomar conciencia de que estamos ante una opción, que aunque implica a toda la comunidad internacional, intentaré mostrar que es, sobre todo, una decisión interna, endógena y estatal: o se crea seguridad a ese nivel, manteniendo a la población libre de esa plaga a partir de cambios profundos sobre sus causas, o se siguen manteniendo las condiciones que generan inseguridad alimentaria permanente, a la que prefiero llamar «pobreza alimentaria inducida». Debo aclarar, sin embargo, que de la misma forma que, según las épocas, se han utilizado eufemismos muy diplomáticos para señalar la relación entre la pobreza y el desarrollo, como muy bien denunció Gunnar Myrdal en 1972,² pues cuando en la época colonial se hablaba de «naciones atrasadas», después de la descolonización se habló de «países subdesarrollados», y pasar después al cínico término de «naciones en vías de desarrollo», para no tener que hablar de países pobres³ o, mejor dicho, forzados a permanecer pobres,

2. Gunnar Myrdal, *Contra la corriente. Ensayos críticos sobre economía*, Ariel, 1980. Recoge un capítulo escrito en 1972 sobre «El problema de la pobreza en el mundo», donde hace esa precisión.

3. Entiendo por países pobres aquellos en los que la mayor parte de su población permanece en la pobreza, esto es, con ingresos lo suficiente bajos como para no poder satisfacer sus necesidades básicas, empezando por la alimentación adecuada, y con un acceso limitado a los servicios también elementales. Eso no implica que el país no sea rico en recursos de diversa índole, lo que permitiría que su gente viviera dignamente, si no fuera por las condiciones de desigualdad social y económica en que normalmente se encuentran.

también en el tema que aquí nos ocupa, el hambre, está sujeto a una semántica desarrollada desde los organismos internacionales y muchas ONG, muy proclives a utilizar con preferencia los términos de «inseguridad alimentaria» o «subalimentación», que no dejan de ser ciertos y apropiados, pero que en ocasiones oculta situaciones de hambre pura y dura sin explicar los motivos que la producen o acompañan, pues se puede sortear en gran parte una sequía si hay buenas políticas previsoras. Hay un cierto temor a hablar las cosas por su nombre y a describir el sufrimiento de padecer hambre, especialmente cuando es crónica, pues en el caso de las hambrunas, con las imágenes tan hirientes que nos muestran, ya no se pueden ocultar sus efectos en los seres humanos, en particular sobre los bebés. Más difícil aún es señalar a quienes se dedican a hambrear, esto es, a provocar hambre sobre los demás, por las razones que iré explicando en estas páginas. En mi caso, he optado por utilizar un lenguaje mixto, es decir, menos diplomático cuando el párrafo lo requiera, y el más estandarizado cuando debo utilizar estadísticas acuñadas por los organismos internacionales, para no crear confusiones al momento de hacer comparativas. También señalaré en bastantes ocasiones el uso abusivo de «gente en peligro de muerte por inanición», la exageración de muertes (unas pocas veces pasa lo contrario, por falta de transparencia) o la confusión entre los niveles de la inseguridad alimentaria y la malnutrición severa o las fases de emergencia alimentaria, cuando cada cosa es diferente, provocando un serio problema al momento de comparar datos y realizar estadísticas. Lo peor, no obstante, es que a veces existe una confusión deliberada, con el único objetivo de recaudar fondos y alimentar, en este caso, no las personas, sino las finanzas de ciertas organizaciones, pues lamentablemente también existe el negocio del hambre a ese nivel. Hay un enorme cinismo en este tema, al ocultar las causas del hambre y presentarla como un fenómeno naturalizado y despolitizado.

No puedo ocultar que en el mundo académico todavía se está discutiendo el significado de los términos «hambre» y «hambruna», aspecto al que no se sumaré, pues confío en el sentido común de quienes lean este libro. Todo el mundo puede comprender lo que es el hambre, que «pasar hambre» no necesariamente comporta «morir de hambre», y que la «hambruna» es el estadio más extremo, en el que hay muchas personas que pueden morir a causa de ello, y muchas acaban muriendo. En todo caso, el mundo académico, las organizaciones humanitarias, los organismos internacionales y otros actores, incluida la literatura, con unas palabras u otras, han ido señalando ya muchos pormenores del tema aquí descrito, por lo que no descubro nada nuevo, y la presunta aportación de este estudio es en todo caso su actualidad, es decir, señalar cómo el fenómeno histórico del hambre se manifiesta en los tiempos presentes (el siglo XXI) y con los datos más actuales, pero vinculándolo con la política, especialmente la interior,

aunque es evidente el enorme peso de lo externo, omnipresente a escala económica.⁴ No trato, por ello, de hacer un clásico estudio académico sobre «el estado de la cuestión», esto es, narrar lo que han dicho o están diciendo los especialistas sobre la situación del hambre, con profusión de análisis sobre la evolución de la nutrición o los sistemas agrícolas, sin duda indispensables, sino que más bien he querido centrarme en cómo los actos, el orden de prioridades y las decisiones políticas tomadas, o su ausencia (por omisión), condicionan que la gente pase hambre. Es evidente que rebajar los niveles de subalimentación en el mundo es un reto en el que deben participar todos los escalones y sectores de la sociedad, sea a nivel mundial, regional, nacional o comunitario, es decir, tanto desde el nivel macro como el micro, pues es desde esta mirada holística que hay que abordar este tipo de desafíos. Pero donde pondré el acento es en las responsabilidades que se derivan de la actuación política, pues hay países que en pocas décadas han sabido acometer políticas públicas orientadas a atajar y resolver esta necesidad básica, mientras que otros han hecho todo lo contrario y han dejado a sus gentes sin protección alguna.

El hambre o la subalimentación crónica es, evidentemente, una violencia física y directa, que puede incluso matar a las personas que la sufren durante un período de tiempo. Pero es también una violencia estructural, en la medida que hay unas condiciones económicas, políticas y sociales que la promueven, mantienen y perpetúan.⁵ Cuando no se satisfacen las necesidades humanas básicas, la violencia estructural mata a muchísimas más personas que la violencia directa provocada por las guerras, pero si bien es más fácil señalar a los responsables de esta últimas, se entra en un terreno fangoso al intentar aludir y señalar a los individuos, corporaciones, legislaciones, prácticas, estructuras y gobiernos implicados en sostener y nutrir la violencia estructural, que forma parte del sistema de dominación global. Esta crea las condiciones necesarias para que la violencia física se haga efectiva, como consecuencia de su mera existencia. De ahí que en este análisis ponga el acento en ambas dimensiones, esto es, los condicionantes y los efectos.

En esta línea, son relevantes los datos que apuntaré más adelante al tratar de la pobreza, en el sentido que, a pesar de que no hay una relación directa

4. Como muestra del peso de la geopolítica en los países analizados, baste señalar que China y sus empresas son citadas en más de 200 ocasiones, en una muestra de las nuevas formas de colonización existentes en el siglo actual.

5. A pesar de que algunos filósofos contemporáneos parecen haber descubierto este concepto en el siglo XXI, cambiando alguna terminología y sin referirse a los antecedentes, la violencia estructural fue muy estudiada y discutida a partir de los años sesenta, de la mano de Johan Galtung, que puso mucho énfasis en tres aspectos de la misma: la pobreza, la represión y la alienación estructuralmente condicionadas.

entre la pobreza multidimensional⁶ y los niveles de subalimentación, existe una correlación entre los países con altos niveles de pobreza multidimensional y los que después describiré en el capítulo de crisis sociopolíticas, con profusión de autocracias y corrupción. Además, casi todos los países que tienen o han tenido guerra en este siglo y presentan altos niveles de pobreza multidimensional, incluso antes de iniciarse la guerra.

En muchos países analizados he tenido que ser enfático en una raíz de larga data muy específica, el colonialismo, un sistema de dominación, explotación y aculturación que ha dejado una huella inmensa en la mitad del planeta, y cuyas consecuencias aún se sienten en la vida política, social, cultural y económica de muchos países, especialmente los que adquirieron la independencia con fronteras artificiales, dividiendo comunidades naturales que han entrado en conflicto al no poder seguir procesos internos para establecer el ritmo y la forma de relacionarse con el resto de comunidades, lo cual ha permitido la práctica del «divide y vencerás», muy útil para los centros de poder, que les conviene tener a sus periferias supeditadas, divididas y enfrentadas.

A nivel alimentario, por tanto, hay un doble mecanismo de control estructural:

- a) el del sistema global, con sus corporaciones transnacionales que acaparan la producción agrícola y controlan los precios de los alimentos básicos (especialmente en el trigo, el maíz y el arroz) y el ciclo alimentario (semillas, fertilizantes, comercialización, etc.),⁷ y los fondos de inversiones que compran tierras a precios de saldo y los organismos internacionales económicos, financieros y comerciales que las apoyan. Al respecto, a comienzos de 2015 y en el informe de la relatora especial sobre el Derecho a la Alimentación, Hilal Elver declaró lo siguiente:⁸

La globalización económica y la participación cada vez mayor de las empresas en los asuntos públicos han puesto a prueba la concepción

6. El Índice de Pobreza Multidimensional, creado por el PNUD, además de los ingresos, tiene en cuenta otros factores relacionados con la educación, la salud y la calidad de vida. Lo comentaré más adelante con presión y estadísticas.

7. Hay muchas campañas y organizaciones dedicadas a denunciar los abusos de esas empresas, como Vía Campesina, GRAIN, Business & Human Rights Resource Centre o Global Justice Now. En 1976 se fundó la International Coalition for Development Action (ICDA), con una campaña dedicada precisamente sobre el control de las semillas. Véase: Henk Hobbelink (ed.), *Más allá de la revolución verde*, Editorial Lerna, Barcelona, 1987, 219 p.

8. Consejo de Derechos Humanos, «Informe de la Relatora Especial sobre el derecho a la alimentación, Hilal Elver. El acceso a la justicia y el derecho a la alimentación: el camino a seguir» (A/HRC/28/65), 12 de enero de 2015.

tradicional de la territorialidad de los derechos humanos. La poderosa influencia de las empresas transnacionales y las instituciones financieras internacionales ha dado lugar a un pronunciado cambio en la forma en que los principios de territorialidad se interrelacionan con las normas internacionales de derechos humanos. En el sector alimentario y agrícola, aproximadamente diez empresas controlan y monopolizan las semillas comerciales y los mercados mundiales de plaguicidas, así como la venta de alimentos al por menor. Además de su poder financiero, las empresas transnacionales influyen considerablemente en los procesos de formulación de leyes y políticas en los ámbitos nacional e internacional. De manera semejante, las instituciones financieras internacionales ejercen una influencia considerable sobre el proceso nacional de adopción de decisiones en relación con las políticas alimentarias y agrícolas. A cambio de ayuda económica y financiera, muchos países en desarrollo se ven obligados a llevar a cabo proyectos que ponen en peligro los derechos económicos, sociales y culturales. En los últimos decenios se han realizado considerables esfuerzos para modificar el enfoque de políticas adoptado por las instituciones financieras internacionales, especialmente el Banco Mundial, en relación con la prestación de apoyo a proyectos de desarrollo que tienen efectos nocivos en los derechos humanos y el medio ambiente. Además, los acuerdos de comercio exterior bilaterales y regionales han facilitado la privatización, la desregulación y el crecimiento de las industrias extractivas en todo el mundo, evolución que ha tenido importantes repercusiones en la seguridad alimentaria y la salud. La globalización ha puesto de relieve y exacerbado las disparidades socioeconómicas en todo el mundo, con el resultado de que la desigualdad social mundial no solo se expresa en términos de justicia interestatal, sino que, además, entraña obligaciones de derechos humanos.

- b) el interno, cuando algunos gobiernos autócratas, totalitarios, títeres y subalternos aplican la desidia y la codicia para dejar que su población quede subalimentada, en una suerte de segunda colonización periférica, ya endógena, sobre la cual pondré la máxima atención, pues, como iré señalando repetidas veces, después de más de medio siglo de descolonización no es admisible que tantos países continúen sujetos a la perversión de sus dirigentes y a su indiferencia hacia las poblaciones, pues se supondría que las deberían proteger de las adversidades y garantizarles la seguridad alimentaria, a sabiendas de lo que ocurre y se discurre desde el otro espacio, el del sistema global, desgraciadamente hostil. Así pues, cuando

utilizamos el término de «el hambre como instrumento de guerra», no solo vale para referirnos a su instrumentalización y manipulación durante los conflictos armados, sino también en la vida política ordinaria, cuando déspotas y autócratas corruptos e indolentes menosprecian a la gente, sinónimo de declararles la guerra si su displicencia ocasiona hambre crónica. También debería incluir las políticas de subvenciones agrícolas de los países ricos, que venden sus productos a precios inferiores a los costos de producción, afectando profundamente la producción local de alimentos de primera necesidad y los medios de subsistencia agrícolas en los países más pobres, con consecuencias importantes para el ejercicio del derecho a la alimentación.

Para realizar este estudio, he observado 33 países que presentan índices de subalimentación superiores al 20%, excepto Libia, o que han presentado un Índice Global de Hambre superior al 25%. He descartado India, de la que hago un comentario aparte, pero he tenido que añadir nueve países⁹ que, o bien han incrementado sus índices en los últimos años, o bien permanecen estancados. En total, pues, suman 55 países. Todos ellos, por tanto, tienen un serio problema, aunque con dimensiones diferentes y por causas muy diversas. De ellos, 19, el 57% de los subalimentados, están o han estado en guerra durante el siglo XXI,¹⁰ y muchos han sufrido de forma descarnada los efectos del hambre a causa de la misma o de forma suplementaria. Hay 43 países, el 78,1%, que han tenido o continúan teniendo unas condiciones políticas que explican claramente sus elevados niveles de subalimentación, y en los casos señalados, su aumento o estancamiento. En suma, la totalidad de los países señalados no padecen hambre o están en situación de subalimentación crónica de forma gratuita, sino motivada o provocada, y la respuesta está en sus políticas, las presentes o inmediatas.

Del total, 44 de ellos, el 80%, son africanos, 9 con guerra y 35 sin guerra durante el siglo XXI, aunque con algunos conflictos de menor intensidad. Esta concentración de casos en África me obliga a hacer una importante consideración, incluso personal, para evitar equívocos innecesarios, pues tengo plena consciencia del valor cultural, social e inmaterial de ese maravilloso continente.¹¹ Pero precisamente por ello, me duele más que en ninguna otra

9. Camerún, Eswatini, Kenya, Lesotho, Togo, Guatemala, Honduras, Venezuela y Camboya.

10. Como comentaré, distingo las «guerras» de los «conflictos armados» con menos de 1.000 víctimas anuales, que son muchos más.

11. Empecé a interesarme por los temas internacionales hace medio siglo, a los 17 años y, justamente, empezando por África y el tema del hambre. Si bien he tenido la necesidad y oportunidad de visitar varios países de este continente en medio de grandes catástrofes (Ruanda en 1992, Somalia en 1993, Sudán en 1998, por ejemplo), al mismo tiempo he seguido con

parte la enorme cantidad de sátrapas con poder político que África acumula, no sin enormes complicidades del exterior, y que cercenan el pleno desarrollo de sus comunidades. Este libro, por tanto, no es sobre la cultura, la literatura, la música africana o cualquiera de los admirables aspectos de este diverso continente. Tampoco es una guía turística. Es un libro de denuncia sobre un tema específico, y me centraré en ese aspecto, dejando al criterio de quienes lo lean buscar información menos inquietante sobre cuestiones diferentes a lo que nos concierne. Lo mismo puede decirse de los países no africanos que comento.

En la Declaración de Roma sobre la Nutrición, aprobada en 2014, los Estados reconocieron que las causas profundas de la malnutrición eran complejas y multidimensionales. Entre ellas se cuentan determinantes sociales, económicos, políticos y culturales como la pobreza, la exclusión social, la desigualdad de género, el bajo nivel socioeconómico y la falta de control sobre los recursos productivos —debida, por ejemplo, a la apropiación de tierras y el registro de patentes de semillas—, todos los cuales contribuyen considerablemente a la malnutrición. Esta se ve agravada asimismo por un saneamiento inadecuado y la ausencia de agua potable y viviendas adecuadas, así como por la falta de servicios educativos, sanitarios y de protección social. Pero hay demasiados Estados con gobernantes preocupados de si sus ciudadanos pasan hambre o padecen subalimentación crónica, y como se verá en detalle, suele ser el resultado de la inacción de los propios gobernantes. Como señala un informe del PNUD, el análisis del hambre o la subalimentación debe combinar los mecanismos de la cadena alimentaria local/regional y el sistema sociopolítico. El primero comprende la producción, el almacenamiento, la distribución y los precios de los alimentos, mientras que el segundo determina quién tiene derecho a la alimentación y quiénes son escuchados. El sistema sociopolítico, la medida en que el conflicto afecta a la cadena alimentaria local y la generación de ingresos del hogar agrícola determinarán la (in)seguridad alimentaria del agricultor. Estos tres elementos también se conocen como estabilidad, disponibilidad de alimentos y acceso a los alimentos en los estudios sobre seguridad alimentaria.¹²

Aunque es cierto que las crisis alimentarias y la lucha por los recursos escasos son fuente de conflictos, es más evidente que las guerras son generadoras implacables del deterioro de la seguridad alimentaria. Existe, por tanto, una vinculación entre los dos fenómenos, la guerra y el hambre, por lo que es preciso dedicarle toda la atención que se merece e intentar ver

pasión su enorme riqueza cultural y sus logros sociales (en particular de las mujeres).

12. Philip Verwimp, «Food Security, Violent Conflict and Human Development: Causes and Consequences», PNUD, enero de 2012.

si hay causa-efecto y en qué medida. Lamentablemente, es lógico pensar que hayan sufrido años de penurias alimentarias, por la propia naturaleza destructiva de los conflictos armados y la saña con que se trata a la población civil en los mismos.¹³ Lo que resulta menos conocido, y de ahí la intención principal al redactar este estudio, es que la inmensa mayoría de los países analizados presentan claros indicadores de desidia política y otras variedades de menosprecio, maldad, malevolencia y perversión que señalaré en su momento, que configuran un universo de diferentes formas de hacer pasar hambre a las poblaciones, sea de forma crónica (casi siempre) o temporal (por falta de previsión o un exceso de omisión), en una suerte de castigo expreso o por desatención, que causa un inmenso sufrimiento, desamparo, angustia, dolor, zozobra y un sinnúmero de adjetivos que tendré que repetir, dado que la mezquindad asociada a las políticas que generan hambre contiene un verdadero diccionario de sinónimos hirientes para los seres humanos, pues hay pocas maldades tan denigrantes, humillantes y ruines como el hecho de hambrear, esto es, el permitir la subalimentación crónica, la inseguridad alimentaria aguda, o el hambre puro y duro en su manifestación máxima y letal, la hambruna, pudiendo evitarlo, como podría ser en casi todos los casos.

No puedo dejar esta introducción sin dejar de preguntarme, una vez más, sobre los motivos más profundos, incluso inconscientes, de quienes no les importa estar hambreando a sus semejantes, de costumbre a su propio pueblo. El análisis de los conflictos, necesario para entender el fenómeno del hambre, puesto que es un grave conflicto, es una ciencia multidisciplinar en la que la ciencia política juega un rol importante. Pero a finales de la segunda década del siglo me pregunto si no deberíamos rescatar, aún más, las aportaciones que en otras épocas tuvieron de manera más potente en dicho análisis, la psicología, el psicoanálisis y la psiquiatría,¹⁴ para entender mejor la mentalidad viril, exhibicionista y patriarcal

13. Aunque en varias ocasiones utilice el término de «guerra civil», siempre he creído que se trata más bien de «guerras contra los civiles». Al respecto, véase la reflexión de Anne-Line Didier y Jean-Luc Marret en *États «échoués», mégapoles anarchiques*, PUF, 2001, 173 p.

14. Me refiero a multitud de cuestiones, que incluyen las razones y consecuencias de la fabricación de la cultura del odio, las frustraciones, la ansiedad narcisista, las razones de la prepotencia, la creación de imágenes de enemigo, el autismo político o social, las tácticas de proyección, los sentimientos de superioridad e inferioridad, los comportamientos-espejo, la fabricación de estereotipos, los mecanismos de deshumanización y demonización, o en convertir a los seres humanos en objetos, la anomía y la atomía, la crueldad, el abuso de la mitología, la ambición de la gloria, la manipulación de la incertidumbre, los sistemas sutiles de persuasión y dominación, la aceptación de la subordinación, la sacralización y el colectivismo de las guerras, la sumisión a los ídolos, las comunidades de miedo, los imaginarios identitarios excluyentes, la gestión de los agravios, el lenguaje como arma, la devoción fanática, el pensamiento paranoide en la vida política, la desresponsabilización de nuestros actos, etc.

de los guerreros, los déspotas y los autócratas, verdaderos protagonistas de esta historia, a pesar de que los hombres no tienen que ser víctimas de arquetipos masculinos inútiles, necrófilos, destructivos y primitivos,¹⁵ resultados de una mística de la masculinidad asociada a la violencia, tanto física como estructural o cultural, incapaz de imaginar otra solución a un problema que no sea a través de aplicar violencias.¹⁶ No podremos entender cabalmente el drama del hambre sin preguntarnos, de nuevo, por qué el 98% de los hambreadores son hombres, y no mujeres, que son las que tienen el poder y la capacidad de dar la vida, de amamantar y proveer, además de ser protagonistas históricas del cuidado, mientras que muchos hombres se dedican a destruir la vida, desabastecer y depredar. La pregunta no es meramente académica, sino profundamente vivencial, puesto que está en juego la vida y la supervivencia de muchísima gente.¹⁷ Ocho décadas después de escribirlas, no puedo dejar de repetir, una vez más, las sabias palabras de Virginia Woolf sobre el trasfondo de lo que estoy comentando, sea la guerra y hambrear:¹⁸

Evidentemente, para ustedes en la lucha hay cierta gloria, cierta necesidad, cierta satisfacción, que nosotras jamás hemos sentido ni gozado.... Hay tres razones que inducen a las personas de su sexo a luchar: la guerra es una profesión; es fuente de felicidad y diversión; y también es cauce de viriles cualidades, sin las cuales los hombres quedarían menoscabados. Sin embargo, estos sentimientos y opiniones no son universalmente compartidos por los individuos de su sexo... La mejor manera en que podemos ayudarle a evitar la guerra no consiste en repetir sus palabras y en seguir sus métodos, sino en hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos.

La mayor parte de la gente del mundo quiere el bien para los demás y no está dispuesta a pisotearlos para su propio beneficio o comodidad. La perversión de algunos seres, hasta lo indecible como se verá en estas páginas repletas de calamidades, corresponde más bien a comportamientos patoló-

15. Myriam Miedzian, *Chicos son, hombres serán*, Horas y Horas, 1996, 396 p.

16. Es evidente que, mientras el comportamiento masculino sea la norma, no se cuestionará su comportamiento y la violencia se presentará como naturalizada y aceptable, de la misma forma que, mientras que el poder esté asociado al enriquecimiento, la competencia, el dominio, la acumulación y la capacidad de destruir, no habrá buena gestión pública y se estimularán las diferentes formas de violencia.

17. De la inmensa bibliografía existente sobre las violencias, recomiendo un libro muy didáctico de Luis Rojas Marcos: *Las semillas de la violencia*, Espasa Calpe, 1995, 230 p.

18. Virginia Woolf, *Tres guineas*, Lumen, 1980 (el original es de 1938).

gicos, en los que sus psicópatas protagonistas tienen obnubilado su espíritu crítico para comprender y valorar racionalmente el alcance de sus actos destructivos, negando o distorsionando la realidad que los demás pueden apreciar en toda su dimensión, sea el hambre, la pobreza, la corrupción, la vulnerabilidad crónica o cualquier injusticia social que perdure en el tiempo y sea el resultado de políticas nefastas. Pero esta necesaria explicación enfermiza de los hambreadores, no les exime de ninguna de sus culpas y responsabilidades, máxime siendo los poderes dominantes, como tampoco a sus necesarios aliados, sean lacayos políticos, empresas o gobiernos amigos o simplemente condescendientes. Aunque las grandes hambrunas vayan desapareciendo, persisten en muchos países momentos de hambre aguda y décadas interminables de hambre crónica. Bajo ningún concepto se puede legitimar este estado de cosas como algo inevitable, puesto que son resultado directo de sistemas de dominación y sumisión, y el hambrear es una manera directa de subyugar a la población.

En cuanto a la metodología seguida para realizar este estudio, el punto de partida ha sido la observación del tema del hambre desde hace 50 años, pues fue ya una cuestión que me preocupó desde la adolescencia y la he seguido con atención desde siempre. Desde esta mirada en el tiempo, he ido adquiriendo algunas certezas y también intuiciones, por lo que me propuse analizar lo que estaba sucediendo en el siglo XXI a partir del análisis de un buen número de países, para ver si se confirmaban las hipótesis iniciales. Por ello, como he venido haciendo en otros estudios recientes, no he consultado inicialmente fuentes externas (los libros, no las estadísticas, por supuesto), hasta tener avanzado el estudio, y ver así lo que opinaban otros analistas. Por tanto, asumo las conclusiones como criterio propio tras la investigación, y no he dudado en añadir al final, una vez terminado el original, algunos comentarios de colegas que también han estado pendientes del mismo tema y con los que he encontrado semejanzas.¹⁹ Las fuentes primarias son los organismos internacionales que señalo en el apéndice, en especial la FAO, algunas organizaciones especializadas y muy pocas noticias periodísticas si no las he podido contrastar y evaluar, pues el tema se presta a una gran demagogia. Debo advertir que, a pesar de las críticas que se vierten sobre el Banco Mundial, he considerado oportuno recoger algunas advertencias suyas sobre varios países, síntoma de que su situación es tan insostenible, que incluso este organismo no puede ocultar algunas de las causas estructurales. Los capítulos sobre países normalmente constan de cuatro apartados: la evolución política, los conflictos armados

19. Por ejemplo, el ensayo de Alex de Waal, «Mass Starvation», salió publicado cuando ya tenía escrito más de la mitad de este libro. Esperé a terminar mi trabajo para después leerlo con suma atención y añadir algunas reflexiones.

(si es el caso), los datos básicos de contexto y la evolución de la situación alimentaria, con sus crisis o emergencias en muchos casos. Acabo siempre con una breve conclusión reflexiva.

Finalmente, el libro puede leerse en primera instancia a través de la primera parte dedicada a temas específicos, dejando los países de la segunda parte como consulta, en función de la inquietud o preferencias de quienes lean este estudio.

Maneras de matar de hambre

Las 15 guerras que he analizado de 12 países han provocado un mínimo de 1,1 millones de muertes directas entre 2000 y 2018. La cifra es tan abrumadora que merece varias reflexiones que apuntaré en el capítulo correspondiente, no sin antes lamentar profundamente el crepúsculo moral derivado de que se permitan todavía tantas atrocidades. Debo advertir y denunciar, no obstante, la permanente e histórica manipulación de los datos de la letalidad en los conflictos armados, y la extendida costumbre de algunos analistas de multiplicar por diez los datos más fiables sobre muertes, sea directamente en la confrontación bélica, o de manera inducida, incluyendo las cifras de personas hambrientas o muertas por inanición. Un conflicto armado es ya una desgraciada y merecería toda nuestra atención si solo genera cien muertos. No hace falta exagerar las cifras para sentirse mejor académico, recaudar más fondos o, simplemente, impactar a los lectores.²⁰ El estudio de la paz y los conflictos tiene también su parte oscura cuando forma parte del negocio vinculado a las subvenciones, aunque sea al precio de perder su credibilidad. En este sentido, he procurado ser lo más estricto posible en la elección de las fuentes, sin dejarme llevar por el afán de exagerar para agradar mejor a lectores que no buscan el rigor, sino la conmoción falseada. Hecha la aclaración, puedo explicar, con datos, las principales conclusiones de este estudio:

- No todas las guerras producen hambre. En lo que llevamos de siglo (2000-2018), de las 35 guerras señaladas, (incluyo tres regionales en Sudán), 12 han tenido unos niveles importantes de crisis o emergencia alimentaria vinculado a la guerra, que ha afectado a más del 22% de su población, esto es, a más de un tercio de la misma. Todas han tenido problemas de seguridad alimentaria, pues es algo que conlleva cualquier guerra, pero solo unas cuatro sobre diez producen estragos a ese nivel. Dado que

20. Como ejemplo extremo, véase el comentario que hago a un estudio de abril de 2019 referido a las víctimas de la guerra del Yemen, presentes y futuras, pues hay quienes tienen la ventura de adivinar lo que ocurrirá al cabo de una década.

he descartado analizar en este apartado las guerras puntuales o difusas geográficamente, así como las que, por sus características, no ha tenido un importante impacto humanitario o alimenticio que no estuviera ya presente antes de la guerra, por lo que me he centrado en solo 15 de ellas, es muy ilustrativo que el 80% de este grupo de guerras del siglo XXI, que producen más de 1.000 muertes anuales, provocan un nivel de hambre superior al 20% de toda su población, acabando en situación de «crisis o emergencia alimentaria» en algún momento, con casos que afectan a más de la mitad de su gente.

- Los momentos de máxima intensidad de inseguridad alimentaria (crisis, emergencia o hambruna) no se producen normalmente al inicio de la guerra (no necesariamente en el momento más letal), sino en etapas avanzadas, con frecuencia al cabo de una década o más. El hambre aparece, no con el estallido de la guerra, sino como derivación de una suma de factores que crean una gran inseguridad.
- Hay una relación directa y muy estrecha entre los momentos de mayores desplazamientos de las personas, ya sea como refugiadas o desplazadas internas, con los mayores momentos de crisis o emergencia alimentaria, sea porque se produzcan tempranamente o, como es el caso de la mayoría de las veces, al cabo de unos cuantos años.
- Los motivos por los cuales la gente puede pasar hambre en un contexto tan degradante y destructor como es una guerra siguen un patrón generalizado, que se puede describir en la siguiente secuencia: inseguridad; ataques a la población civil, incluso en épocas de siembra y de manera expresa; saqueo de los graneros y destrucción de la producción agrícola; apropiación de tierras y otros recursos por parte de los combatientes; daños en las infraestructuras agrarias o en los insumos agrícolas (fertilizantes, semillas, etc.); control o dificultad para acceder al agua; limitaciones a la pesca; desplazamientos internos y movimiento de personas que buscan refugio en el exterior; restricciones a la circulación de personas o bienes; abandono de los campos, con cosechas malogradas al no recogerse; pérdida o venta del ganado; saqueo de tierras; disminución de los activos de las personas y aumento de la pobreza; disminución o destrucción deliberada de los servicios esenciales disponibles (salud, educación, alimentación, etc.); escasez de combustible; aumento de los precios; reducción de la actividad productiva y comercial, hasta llegar al colapso económico; en ocasiones, asedio a las ciudades y su consecuente falta de llegada de alimentos; hostigamiento y restricciones a las organizaciones humanitarias, incluidas las que proporcionan alimentos; en ocasiones, control o asedio a los puertos por donde llegan los alimentos y productos esenciales; dificultados para importar los alimentos necesarios.

Por lo tanto, las formas de matar de hambre en las guerras actuales son las siguientes, normalmente agrupándose varias de ellas en un mismo conflicto armado:

- Dificultar el acceso a los alimentos.
- Controlar o bloquear los puertos de entrada de alimentos.
- Asediar a poblaciones sin facilitarles la entrada de alimentos.
- Aumentar la dependencia alimentaria del exterior.
- Destruir deliberadamente las infraestructuras básicas, por tierra y aire.
- Impedir el acceso y destruir los centros sanitarios.
- Restricciones a la circulación de personas y bienes.
- Destruir y saquear tierras para que no cultiven (tierra quemada).
- Provocar la escasez de semillas, fertilizantes y otros insumos agrícolas.
- Expropiar tierras.
- Atacar en épocas de siembra.
- Destruir el ganado.
- Impedir o limitar el acceso al agua.
- Limitar las aguas territoriales para impedir la pesca.
- Destrucción de aldeas y ciudades.
- Impedir el comercio de alimentos.
- Restricciones al comercio.
- Paralizar la producción económica.
- Colapsar el sistema económico.
- Provocar una crisis monetaria.
- Impedir el salario de funcionarios.
- Aumento de los precios de los alimentos básicos.
- Controlar puertos y aeropuertos para controlar la llegada de alimentos.
- Dificultar el desplazamiento del ganado.
- Priorizar los alimentos para los actores armados.
- Saquear la ayuda alimentaria.
- Controlar la ayuda alimentaria.
- Utilizar el agua como arma de guerra.
- Hostigar a las organizaciones humanitarias.
- Secuestrar al personal humanitario.
- Crear inseguridad en la población civil.
- Agredir sexualmente a las mujeres.
- No atender las necesidades de la población desplazada en momentos de conflicto.
- Disminuir la inversión social básica.
- Afectar y deteriorar los sistemas de distribución pública de alimentos.
- Controlar los recursos naturales para financiar la guerra.
- Disminuir el acceso a los combustibles.

En el capítulo correspondiente sobre los países subalimentados que tienen, o han tenido reciente, determinadas condiciones sociopolíticas que propician esta situación, señalaré el enorme peso que tienen las anomalías y disfunciones políticas en la desidia y tiranía de muchos dirigentes, que termina por generar el hambre y la subalimentación en sus países, además de tener al 5% de su población migrada. La autocracia, la plutocracia, el autoritarismo y la corrupción, que siempre van unidos, forman un primer bloque, que es una fuente inagotable de inestabilidad social y política, con frecuencia ligada a la fragilidad del sistema político, la debilidad o levedad institucional y la mala gestión política, que son otros trazos comunes en muchos de los países, conformando un segundo bloque de aspectos repetitivos. No en vano, la corrupción es sinónimo de la eficiencia en la depredación, y también evidencia la renuncia expresa y consciente de la noción de reciprocidad y obligaciones hacia la ciudadanía.²¹ Evidentemente, el riesgo de que quedar subalimentado es mayor en regímenes no democráticos que en democracias consolidadas, pero en estas la población es más exigente con sus gobernantes y tienen más medios para presionar. Pero eso no existe en las democracias aparentes, y ello explica algunos casos que expondré. En cualquier caso, en las autocracias es más probable que solo compensen a los miembros de la élite afectada mediante transferencias selectivas, dejando a otros individuos afectados fuera de la élite vulnerables al impacto potencialmente mortal de la hambruna.²²

Un segundo bloque de cuestiones está relacionado con los conflictos sociopolíticos, sea porque se han tenido guerras anteriormente, por sufrir el terrorismo, por el cuestionamiento del modelo territorial (habitualmente por marginación), por tener conflictos intercomunitarios, por tensiones étnicas o por la simple y abundante desigualdad de oportunidades e insatisfacción de las necesidades básicas. En estos países existe, por ello, una larga lista de formas, a veces muy directas y otras más sutiles, de provocar hambre. El siguiente listado es una muestra basada en hechos reales del siglo XXI, nada es un supuesto:

- No tener previsión sobre los desastres naturales frecuentes que causan subalimentación (sequías, inundaciones, etc.).

21. William Reno, «Economías clandestinas, violencia y estados en África», Anuario del CIP 2001, pp. 19-49.

22. Thomas Plümpera y Eric Neumayerb, «Famine Mortality, Rational Political Inactivity, and International Food Aid», London School of Economics, febrero 2007. Sostienen, acertadamente, que los gobiernos pueden no actuar racionalmente contra el hambre cuando los costos políticos de la acción son más altos que los costos políticos de la inacción, y por tanto, puede ser el resultado racional de un cálculo de maximización del apoyo político.

- No tener políticas que satisfagan las necesidades básicas y disminuyan las desigualdades sociales y la pobreza.
- Eliminar los subsidios sobre los alimentos básicos.
- Dificultad al acceso a tierras productivas.
- Mantener oligarquías agrícolas o el feudalismo agrario.
- Mantener tierras improductivas de forma deliberada.
- Priorizar los gastos militares sobre los sociales.
- Mantener un escaso gasto sanitario.
- Mantener a la gran parte de la población sin educación primaria y secundaria.
- No fomentar la autosuficiencia alimentaria, en la medida de las posibilidades.
- No garantizar la importación de alimentos suficientes cuando no se producen en el país.
- Mantener una economía no diversificada y dependiente de la exportación de pocos productos, sin controlar además su precio en el mercado.
- El expolio interesado de los recursos naturales.
- La expulsión de campesinos de sus tierras para fines espurios.
- Marginar y no atender las necesidades de regiones o comunidades que resultan hostiles por algún motivo.
- Mantener al país en situación de permanente inestabilidad política.
- No combatir la corrupción.
- Controlar la ayuda alimentaria para fines partidistas.
- Las consecuencias de mantener un Estado o un Gobierno caracterizado por el autoritarismo, la autocracia, la plutocracia, el nepotismo, el golpismo, la dictadura o la represión permanente.
- Mantener situaciones crónicas de polarización social o política que impiden la buena gobernanza.
- Desprecio a los derechos humanos.

Con lo expuesto anteriormente, y como señala el mismo subtítulo de este estudio, «matar de hambre» o hacer padecer hambre a la población, esto es, hambrear, es evidente que puede ser una decisión deliberada, como castigo político o como estrategia de guerra, o estar motivada por simple indiferencia e irresponsabilidad de los dirigentes políticos, por ignorar a la gente, dejarla a su suerte o en manos de organizaciones caritativas, por no ser previsores o por tener otros intereses preferentes.

Los listados anteriores complementan y amplían un informe que la FAO y el PMA hicieron en 2018 para el Consejo de Seguridad de la ONU, en el que señalaban siete grandes factores, pero no tanto de las causas, y en particular de la perversidad de algunas actuaciones políticas, sino más bien de los efectos que producen los conflictos sobre la alimentación.

Factores relacionados con los conflictos que provocan el hambre y alimentan los conflictos

Desplazamiento

Cuando las personas abandonan sus tierras, sus hogares y sus puestos de trabajo y no pueden cultivar o comprar alimentos, se enfrentan a un acceso extremadamente limitado a los servicios públicos.

Destrucción de la infraestructura necesaria para la producción y distribución de alimentos

Las rutas de abastecimiento se ven perturbadas, por ejemplo, por los bloqueos de carreteras y las minas, por lo que no se puede abastecer a los mercados. La tierra agrícola, los molinos, las instalaciones de almacenamiento, la maquinaria, etc., a menudo se dañan o destruyen.

Colapso económico

Los conflictos impiden el funcionamiento de las empresas y debilitan la economía nacional, reduciendo las oportunidades de empleo y aumentando los niveles de pobreza.

Interrupción del comercio y pérdida de empleos

La gente se enfrenta a oportunidades de ingresos limitadas y no puede permitirse comprar las necesidades de la vida.

Inflación de los precios de los combustibles y los alimentos

Las monedas locales se debilitan y las líneas de suministro se ven perturbadas, lo que encarece las importaciones de alimentos y combustible.

Acceso humanitario restringido

Las personas en conflicto dependen de la asistencia alimentaria, pero la inseguridad y las carreteras inservibles impiden que los convoyes humanitarios lleguen a ellas. En tales circunstancias extremas, la gente puede enfrentarse al hambre.

Colapso de los servicios básicos y del apoyo gubernamental

Los conflictos socavan y a veces destruyen los sistemas de salud y de distribución pública, etc., dejando a las personas completamente desprovistas de apoyo y dependientes de la ayuda humanitaria. El saneamiento deficiente conduce a brotes de epidemias que ponen en peligro la vida, en particular la diarrea acuosa aguda y el cólera, que aumentan aún más los niveles de desnutrición.

Fuente: FAO, «Monitoring food security in countries with conflict situations. A joint FAO/WFP update for the United Nations Security Council», Agosto 2018, p. 10.

David Marcus²³ clasificó los actos «faminogénicos» que ya he mencionado en una escala de cuatro puntos, o grados de culpabilidad, de las que las dos primeras constituirían actos de pura criminalidad²⁴ y crímenes contra la hu-

23. D. Marcus, «Famine Crimes in International Law». *The American Journal of International Law*, Vol. 97, nº 2, 2003, pp. 245—281. (<https://www.uio.no/studier/emner/hf/iakh/HIS4319/h16/famine-crimes-in-international-law.pdf>).

24. La criminalidad estatal por hambre, también ha sido desarrollado por Rhoda E. Howard-Hassmann en *State Food Crimes*, Cambridge University Press, 2016. Hace un repaso histórico y analiza cuatro casos actuales: Zimbabue, Venezuela, Corea del Norte y Gaza.